



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

**ENTORNOS DOMÉSTICOS COTIDIANOS:
ENSERES FAMILIARES Y ESPACIOS DE
SOCIABILIDADES EN LA CASTILLA RURAL DEL
SIGLO XVIII**

Ana Isabel Hernando García

Tutor: Máximo García Fernández

Curso: 2018-2019

Contenido

1. Introducción	2
2. Objetivos, metodología y fuentes	3
3. Algunas consideraciones sobre la nueva historia social	4
4. Marco espacial y social: la vida rural castellana	8
5. Hogar, familia y vida privada.....	11
5.1. De puertas hacia adentro: la casa, los espacios en masculino y femenino	12
5.2. Ropa de cama y mesa, menajes y mobiliario	17
5.3. Alimentarse y comer en el siglo XVIII	20
5.4. La higiene y la importancia del agua	23
6. La rutina diaria: emplear las horas	25
6.1. El lujo, una ropa para cada ocasión, la diferenciación social ...	28
6.2. Diversiones: placer y necesidad	29
7. Conclusiones.....	32
8. Bibliografía	35
8.1. Bibliografía de época.....	35
8.2. Bibliografía general	35

ENTORNOS DOMÉSTICOS COTIDIANOS: ENSERES FAMILIARES Y ESPACIOS DE SOCIABILIDADES EN LA CASTILLA RURAL DEL SIGLO XVIII

DOMESTIC ENVIRONMENTS EVERYDAY: FAMILY AND FAMILY SPACES OF SOCIETIES IN THE RURAL CASTILE OF THE 18TH CENTURY.

Resumen

Este trabajo pretende ser una aproximación a la domesticidad cotidiana, y a algunos de sus espacios de sociabilidad en el marco de la Castilla rural del siglo XVIII, a través del análisis de bibliografía, que aporta sugerentes imágenes de elementos de la cultura material, comportándose como valores de civilización dentro del mundo de Antiguo Régimen. La importancia del tema, le convierte en una corriente historiográfica a caballo entre la historia social y la historia de las mentalidades.

Palabras clave: sociabilidad, mentalidades, Castilla siglo XVIII, vida cotidiana, historia social.

Abstract

This essay aims to be an approach to everyday domesticity, and some of its sociability spaces within the framework of 18th century rural Castile, through the analysis of bibliography, which provides suggestive images of elements of material culture, behaving as values of civilization within the Old Regime world. The importance of the subject makes it a historiographical current between social history and the history of mentalities.

Key words: sociability, mentalities, Castile XVIII century, daily life, social history.

“No hay memoria de lo que precedió,
ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria
en los que serán después”.
Eclesiastés 1:11

1. Introducción

Con este trabajo que hoy presento a la atención del tribunal pretendo establecer una aproximación a la vida cotidiana en la Castilla rural del siglo XVIII. La importancia del tema le convierte en una corriente historiográfica a caballo entre la historia social y la historia de las mentalidades. Cuestiones que tradicionalmente no habían captado la atención de los historiadores son ahora objeto de estudio, es el caso de las vivencias cotidianas, que abarcan un amplio abanico de experiencias vitales, culturales y sociales, junto a la preocupación por aquellas gentes que hasta esos momentos habían carecido de historia, dentro de lo que se denomina historia total.

Trataré de elaborar una aproximación a la realidad de lo cotidiano insertada dentro de un mundo de esquemas mentales y sociales, que dotan de forma y carácter a personas y objetos conformando la sociedad moderna dominada por las apariencias, e inserta dentro de una historia que hace referencia a los tiempos largos, que precisa de siglos para alcanzar su desarrollo, es también de tiempos cortos porque en ella se recogen vivencias que suponen el lugar común de vidas anónimas.

De la mano de la nueva historia social nos adentramos en las estructuras de lo cotidiano a través del tiempo largo que supone el siglo XVIII en Castilla, que se caracteriza por ser un mundo desigual y lleno de carencias. El individuo como actor social es un elemento que pone en valor esta nueva forma de relación con la historia, porque lo social forma un todo con lo humano, hace hincapié en sentimientos y emociones como elementos definitorios de la cotidianidad. Es la historia desde abajo que se incorpora así a la nueva historia y amplía la temática dejando a un lado la historia política.

El paisaje y los esquemas mentales del Siglo de las Luces son el resultado de una desigualdad manifiesta. Las imágenes que sugiere este paseo por las dimensiones de lo

cotidiano, nos introducen en la fiesta, la casa, la vida familiar y social, la rutina, los tiempos, o la subsistencia dentro de una diversidad impuesta por la geografía, el ámbito urbano o rural, y el ambiente privado y público, en el tránsito por el mundo de las mentalidades, a través de espacios de sociabilidad que se comportan como valores de civilización en el mundo de Antiguo Régimen.

A lo largo del Setecientos, si bien de forma lenta, el sentido de lo público adquiere un nuevo significado dentro de la ideología de las Luces, se va produciendo una separación en cuanto a lo que significa en la teoría y en la práctica el papel del Estado, se reformula el significado del término público, y se produce el lento camino hacia una esfera diferente, en la que prima el sentido de lo social por encima de lo estatal. Ello da como resultado la evolución en la mentalidad y las ideas, y se ven así transformados los espacios donde se desarrolla la sociabilidad tanto en ámbitos urbanos como rurales, donde lo cotidiano es vivir en precario.

Nuevas prácticas y costumbres se desarrollan en el siglo XVIII puertas adentro y puertas afuera; dentro de las élites, estas transformaciones evolucionan hacia patrones de comportamiento que transforman la vida y las relaciones personales y sociales, tanto en la intimidad como en el espacio público. Vivencias, sentimientos, emociones y sensaciones comienzan a expresarse y se introducen de forma lenta y gradual.

2. Objetivos, metodología y fuentes

El presupuesto de partida pretende abordar un recorrido por algunos de los espacios en los que se desenvuelve la vida cotidiana, la incipiente privacidad, la casa como espacio conformador de civilización, junto a elementos que aportan cierto grado de comodidad a la existencia, dentro de las vías por las que transita la sociabilidad, puertas adentro y puertas afuera durante el Antiguo Régimen, dentro de un mundo de enormes desigualdades.

Los hombres, en tanto actores sociales, elaboran sus propias composiciones de lugar como forma de inserción colectiva. La sociabilidad en lo privado y en lo público es la forma que tienen de relacionarse; esas diferencias son también una manera de hacer historia. Acercaré mi mirada más o menos somera a elementos de cotidianidad tales como la casa, la comida, la diversión, los enseres, las apariencias o la ropa, aspectos todos ellos

conformadores de una civilización de las apariencias y colaboradores necesarios en el progresivo proceso de transformación de la sociedad, dentro del tiempo largo que se corresponde con el Antiguo Régimen.

Mi intención primaria era incluir a mi localidad de origen, Campaspero, dentro del campo de trabajo. Ello me ha llevado a realizar diversas catas en el Archivo Histórico Provincial, en el Archivo de la Diputación Provincial de Valladolid y en el Archivo Diocesano vallisoletano. No obstante, nos hemos encontrado con una ausencia de fuentes documentales concretas del lugar en relación al tema objeto de estudio. Por contra, la abundancia de bibliografía alusiva al propósito de mi trabajo ha hecho que me decante por la realización de una revisión bibliográfica que me acerque al estado de una cuestión de gran interés, como es el estudio de lo cotidiano con la intención de establecer unas conclusiones igual de válidas para el conjunto castellano.

3. Algunas consideraciones sobre la nueva historia social

Los orígenes del interés por el estudio de la vida cotidiana se remontan a la primera generación de *Annales* capitaneada por Febvre y Bloch. A partir de entonces comienza su recorrido historiográfico. No será sin embargo hasta los años ochenta del siglo pasado cuando se manifieste de manera definitiva la disposición de los historiadores por aplicar estos puntos de vista al estudio de la disciplina histórica. “El estudio de la vida cotidiana ha emergido como uno de los enfoques más sugerentes y estimulantes y se ha convertido en uno de los más relevantes de las últimas décadas”¹.

Esta historia se desmarca de la política para centrar su mirada en aspectos de las relaciones humanas. Fue la historiografía francesa, con Philippe Ariès la que lideró el cambio hacia el estudio de las mentalidades, actitudes y comportamientos a través de su magna obra *La historia de la vida privada*. Estas nuevas prácticas historiográficas se introducen en nuestro país por medio de la tercera generación de *Annales*².

¹ Las citas se harán conforme a la revista *Investigaciones Históricas. Época moderna y contemporánea*. ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada (ed.), *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Granada, Universidad, 2012, p. 7.

² Aproximadamente en los años cincuenta las novedades historiográficas que llevaban algún tiempo desarrollándose en el extranjero comienzan a entrar lentamente en nuestro país. *Annales* en primer lugar, y más

El tratamiento historiográfico de las mentalidades es una cuestión que no resulta nada fácil porque se abordan aspectos en clave emocional. El historiador se encarga de analizar actitudes que en momentos anteriores no habían sido contempladas más que como anécdotas que conformaban la vida de unos sujetos hasta entonces desconocidos.

La nueva historia social pone en valor las rutinas y sucesos extraordinarios que conforman la existencia de personas corrientes, dejando así memoria de sus cotidianidades en espacios y enseres, incorporando sus vivencias a un espacio de amplio espectro. Es el individuo como actor social un elemento relevante en esta nueva forma de historiar que incide en sentimientos y emociones como instrumentos definitorios de la cotidianidad. Es la ‘historia desde abajo’ que incorpora así un nuevo capítulo, ampliando la temática y dejando a un lado la mera política.

Hace referencia a los tiempos largos como precisa Braudel en su libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, que establece ciertos contrastes entre la inmovilidad del tiempo geológico, frente al de los acontecimientos políticos y de la economía, y precisa de siglos para alcanzar su verdadera magnitud; es también de tiempos cortos porque en ella se recogen instantes y pequeñas cosas que suponen el lugar común de muchas vidas, y donde se originan los procesos y estructuras sociales que se incluyen dentro de la historia de las mentalidades³.

El término cultura ha sido estudiado por la historiografía aplicando su significado a un nuevo modo de ver la sociedad. Se resalta el papel de lo individual adaptado a los nuevos esquemas y espacios de cotidianidad, resultado de la nueva perspectiva de estudio histórico. Valores de civilidad como los sentimientos y las emociones interrelacionan con el entorno y el espacio y a través del estudio del comportamiento de todos ellos se puede ir un paso más allá en cuanto a la magnitud de lo cotidiano y su significado histórico⁴.

tarde los grupos marxistas francés e inglés, fundamentalmente, pueden considerarse como los más influyentes (...) el flujo que llegaba, sobre todo de la mano de Jaume Vicens Vives y otros historiadores formados directamente en París con Fernand Braudel; BEL BRAVO, M^a Antonia, *La familia en la historia. Propuestas para su estudio desde la “nueva” historia cultural*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2000, p. 42.

³ Por encima de esta historia inmóvil se alza una historia de ritmo lento; (...) una historia social, la historia de los grupos, de las agrupaciones. BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (tomo I), México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 17.

⁴ Hay síntomas de cambio en el tema central de la historia: de las circunstancias que rodean al hombre a la consideración del hombre y a sus circunstancias; cambio en los problemas estudiados; de lo económico y demográfico a lo cultural y emocional; cambio en las fuentes de influencia: de la sociología, economía y

Lo cotidiano, con toda su carga emocional y social ha constituido en sí mismo una corriente historiográfica que necesita valerse de la interdisciplinariedad para alcanzar su máximo desarrollo. La Literatura, la Antropología, la Historia del Arte y la Sociología, aportan su visión y le confieren un aspecto diferente. Interdisciplinariedad, según Lucien Febvre: “negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencias heterogéneas”⁵. Llamam la atención de los historiadores de las mentalidades los comportamientos y vivencias humanas de lo cotidiano en el aspecto individual y colectivo como elementos generadores de información. Tanto la privacidad como la intimidad son cuestiones que han sufrido evoluciones seculares, consecuencia de las transformaciones sociales y culturales que abarcan un tiempo largo que supera el marco de la Edad Moderna⁶.

Peter Burke, en su *Formas de hacer historia*, perfila las características de la nueva historia, esos perfiles que antes eran solo observados desde arriba, se ven ahora de forma nítida también desde abajo, Se toma en consideración a aquellos a los que hasta el momento se les había negado la voz, de esta manera se percibe la historia de forma más igualitaria. El enfoque que aporta la nueva historia cultural ofrece un nuevo vocabulario y terminología que se pone al servicio de vidas sin interés histórico anterior.

La nueva historia social modifica y amplía los objetos y sujetos susceptibles de estudio, está en constante transformación por la variedad de la temática. El estudio de la vivienda, el uso que se hace de sus espacios, la incipiente privacidad, son ámbitos en los que se mueve la nueva historia social, aportan nuevas claves para entender el desarrollo que adquiere la sociedad del siglo XVIII en la parcela de lo íntimo y en la de lo privado, conceptos en desuso en el mundo rural, donde todo es común, la comida, la cama y el escaso mobiliario.

La historiografía está de acuerdo en situar a Richard Cobb y Carlo Ginzburg como los precursores de la historia de las mentalidades. Peter Burke la define en función de tres

demografía a la antropología y psicología; cambio en el sujeto: del grupo al individuo; cambio en los procesos explicativos de la mutación histórica. IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José, PÉREZ GARCÍA, Rafael M., FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel F. (eds.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión de la Fundación Española de Historia Moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, pp. 151. Véase: HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid, Akal, 2004.

⁵ FEBVRE, Lucien, *Combates por la Historia*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1977, p. 30.

⁶BURKE, Peter, *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 2000.

parámetros principales, primeramente pone en valor las conductas colectivas, a las que prima sobre las individuales, mostrando interés tanto por las gentes del común, como por las élites y su cultura; en segundo lugar, se interesa por el concepto que engloba todo lo cotidiano; para terminar, manifiesta su disposición hacia lo simbólico, en forma de creencias y pensamientos.

En su opinión el estudio de estos elementos, hacen diferente a la historia de las mentalidades de otras especialidades historiográficas, es el caso de la historia de las ideas. El planteamiento metodológico viene de la mano de *Annales*, si bien, estas propuestas, fueron también desarrolladas fuera de Francia por Johan Huizinga, que en 1919 publica *Otoño de la Edad Media*, donde se interesa por las manifestaciones colectivas en torno a los sentimientos.

Burke, coloca a la historia de las mentalidades a caballo entre la historia de las ideas y la historia social, de esta forma quedan incluidas dentro de la disciplina: la sociedad de las élites, el vulgo, y el pensamiento, y se pone en valor el espacio que ocupan las ideas dentro de lo cotidiano; mientras que en el capítulo de los inconvenientes, muestra las dificultades de comunicación entre miembros de diferentes culturas y la diferente opinión que de ésta tienen los distintos sujetos.

Máximo García Fernández aboga por la relación entre dos mundos, de un lado el ilustrado, y de otro, la tradición popular. Se trata de integrar valores de civilización que son motor de cambio en aspectos como el lujo, el consumo o el gusto, a través de los cuales se puede observar la evolución del pensamiento que se lleva a cabo a lo largo de los siglos modernos⁷.

La vida cotidiana entra a formar parte de la historia (desarrollada a través de la historia cultural) desde el análisis de una serie de aspectos, rutinas, o hábitos que encuentran su desarrollo a través de la cultura material⁸, y que se expresan en función de un tiempo y un espacio concretos, dentro de una nueva forma de pensar la cotidianidad⁹.

⁷ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo (dir.), *Cultura material y vida cotidiana: escenarios*, Madrid, Sílex, 2013, p. 21.

⁸ La vida material son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres. Estudiar las cosas –alimentación, vivienda, vestido, lujo, herramientas, instrumentos monetarios, pueblos y ciudades–, en suma todo aquello que el hombre utiliza. BRAUDEL, Fernand, *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974, p. 19.

⁹ La mayoría de las investigaciones sobre la cultura material hacen hincapié en el clásico trío temático, (comida, ropa y cobijo), centrándose a menudo en la historia del consumo y en lugar de la imaginación, con la que juega la publicidad, en la estimulación del deseo de bienes. La relación entre la “cultura consumista” de hoy en día y el interés por el consumo en el pasado resulta evidente; BURKE, Peter, *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona,

La historia de la familia es una línea de investigación que tiene un amplio recorrido en la actualidad. Los primeros estudios sobre el tema vienen de la mano de la historiografía francesa que tendrá también repercusión en España¹⁰.

Dentro de la Universidad de Valladolid cabe destacar la labor activa del GIR dirigido por Alberto Marcos Martín (*Grupo de estudios sobre familia, cultura material y formas de poder en la España Moderna*) que trata de contribuir activamente a conocer mejor el viaje familiar desde las cosas y los símbolos más populares con los que se rodeaban cotidianamente¹¹. También los proyectos de investigación sobre familia, cultura material, civilización y apariencias dirigidos por el doctor García Fernández¹².

Consciente de las limitaciones de espacio, debo pasar por alto aspectos de la sociabilidad muy presentes en la Castilla del Setecientos, como las cofradías, las ferias y mercados, los paseos, las procesiones y romerías... y tantos otros espacios comunales (muchos agrícola-ganaderos) donde se desarrollaban los encuentros a diario: sacralizados o laborales, pero siempre cotidianos.

4. Marco espacial y social: la vida rural castellana

Paidós Ibérica, 2005, p. 90. Véanse: LEFEBVRE, Henri, *La vida cotidiana en el mundo moderno*, Madrid, Alianza, 1972; POUNDS, Norman J. G., *La vida cotidiana: historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1992; y PEÑA DÍAZ, Manuel (ed.), *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Abada, 2012.

¹⁰Para Philippe Ariès, durante el siglo XVIII se produjo el proceso por el cual la familia se retira de la calle, de la plaza, de la vida colectiva, para recluirse dentro de una casa mejor defendida contra los intrusos, mejor preparada para la intimidad. Dicho proceso, que define una nueva manera de concebir, vivir y preservar la existencia privada, no es en absoluto una evolución lineal, regular y unívoca. Posteriormente el mismo autor ha propuesto una división en la que no distingue secuencias estrictamente sucesivas, sino formas de afianzamiento de lo privado que se superpusieron o disociaron de manera gradual, y cuya aparición fue más o menos precoz en unos casos y más tardía en otros. BEL BRAVO, M^a Antonia, *La familia...*, *op. cit.*, p. 24.

¹¹ GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “Seguridades e inseguridades vestimentarias cotidianas entre la mayoría popular juvenil. Desde una civilización barroca y las nuevas luces”, en IGLESIAS RODRÍGUEZ, J. José, PÉREZ GARCÍA, Rafael M., FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel F. (eds.), *Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión de la Fundación Española de Historia Moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015, p. 203. AGÍS VILLAVERDE, Marcelino, BALIÑAS FERNÁNDEZ, Carlos (eds.), *Pensar la vida cotidiana: Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago*, Santiago de Compostela, Universidad, 2001.

¹² “Familia, identidad social, transmisión hereditaria y cultura material. Patrimonios, consumos y apariencias en la Castilla interior 1600-1850” (HAR2010-21325-COS-05), Mineco, 2011-14; y “Civilización, juventud y cultura material e inmaterial. Familia e identidad social. Demandas y apariencias en la Castilla interior 1500-1850” (HAR2013-48901-C6-3-R), Mineco, Retos: 2014-17.

La sociedad del XVIII es rural, aunque la tierra y la tradición son valores comunes tanto en el campo como en las ciudades. La economía depende del campo que se encuentra imposibilitado para realizar cambios en profundidad tan necesarios como urgentes, expuesto además a la climatología y estacionalidad que determinaban el resultado de las cosechas¹³, y sometiendo a una permanente incertidumbre al campesinado que casi nunca veía cubiertas sus expectativas, viéndose estas agravadas por la enorme fiscalidad a la que estaban expuestos¹⁴.

En el mundo rural castellano las casas se fabricaban con materiales que se encontraban en la zona, eran construcciones sencillas¹⁵ con distribuciones fácilmente manejables, La cocina con el fogón para elaborar los alimentos, con alcobas para dormir y cuartos para guardar los aperos, el grano y demás productos agrícolas, la cuadra para guarecer a los animales de tiro. Viviendas caracterizadas por la sencillez y pobreza de materiales y enseres, en ellas mezclándose los aspectos domésticos con los laborales, restando importancia a lo personal. Mientras en las ciudades las casas van separando espacios de trabajo y familia, la Castilla agrícola tarda más en percibir los cambios.

En el entorno rural, las casas se adaptan a los rigores climatológicos de la meseta castellana. Las estancias por lo general se reducían a un único cuarto con alcoba, en ellos se desarrollaba la vida; mientras que allí donde el trabajo y la habitabilidad eran espacios comunes, se va produciendo un lento proceso de especialización y se perfila cada espacio de forma más nítida. Suele existir en la mayoría un corral cuyo espacio era compartido por los animales, las personas y los aperos de labranza.

La pobreza y la dureza del trabajo campesino eran los elementos principales que aderezaban la realidad cotidiana del paisaje rural a lo largo de todo el Antiguo Régimen, y aunque la respuesta habitual de las gentes fuera una actitud de resignada aceptación ante esta circunstancia, no era raro que se produjesen momentos de tensión y conflictos, por eso la

¹³ “Desde la falda de los collados, que Tudela tiene ácia el Mediodía, hasta lo alto, y parte de la llanura, que dixe ser tierra agria, páramo y solo buena para pastos y algunos centenos; se ven igualmente viñas casi todas viejas, y de poca utilidad”; PONZ, Antonio, *Castilla y León en el siglo XVIII a través de los viajes de Antonio Ponz*, Valladolid, Ámbito, 1987, pp. 59-60.

¹⁴ GARCÍA SANZ, Benjamín, *Los Campesinos en la sociedad rural tradicional: Marco Institucional, producción, presión fiscal y población (Tierra de Curiel y Tierra de Peñafiel, siglos XVI–XVIII)*, Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1989.

¹⁵ “Da compasión el número de casas que hay ruinosas, y enteramente caídas, ó a medio caer, que se encuentran en muchas calles, siendo muy pocas las que se reparan, y menos las que se hacen de nuevo. Consiste en que muchas son de mayorazgos, que no se creen en la obligación de repararlas”; PONZ, A., *ibidem*, p. 66.

sociedad rural también encontraba vías de escape en forma de entretenimiento y diversión en el ámbito público y en el privado, que rompían con la cotidianidad y aportaban el elemento de distracción, teniendo siempre a la Iglesia como vigilante e instigadora del estricto cumplimiento de la moral colectiva.

Los medios con los que podía contar el campesino castellano para afrontar la vida cotidiana eran de carácter escaso¹⁶, la dificultad que entrañaba la alimentación diaria estaba muy vinculada a la producción y rendimiento de la tierra, que dado lo exiguo del resultado les condenaba a una economía de subsistencia donde raras veces se cubrían las exigencias familiares, por otra parte, el uso y disfrute de objetos de carácter doméstico y cotidiano estaba en relación con herencias o compras de segunda mano, por lo limitado de la oferta o del poder adquisitivo¹⁷.

Esta precaria subsistencia también tenía su expresión en el localismo, la mayor parte de estas gentes sin historia vivían y morían en el mismo sitio, sometidos a los hábitos y costumbres de su comunidad que ofrecían poca porosidad a los cambios, aunque ello no quiera decir que no existieran labradores ricos¹⁸.

En el ámbito rural, buena parte de su cultura se transmite por vía de la oralidad y las representaciones iconográficas religiosas, debido a que el nivel de alfabetización en este espacio es prácticamente nulo hasta bien entrada la contemporaneidad. La sociedad no se entiende sin la omnipresencia de la Iglesia, que predica valores de espiritualidad y los exterioriza a través de la aplicación de los sacramentos, en un mundo que se mueve sobre un fondo de incultura y tradiciones.

¹⁶ Dentro de las limitaciones impuestas a la producción agraria por unas condiciones naturales no demasiado aptas (pobreza de los suelos, clima riguroso, etc.) que determinan los sistemas de cultivo y la fisonomía del paisaje agrario, pero que en mayor o menor medida son generales a todo el conjunto de la Submeseta Norte. MARCOS MARTÍN, Alberto, *Economía, sociedad, pobreza en Castilla: Palencia, 1500-1814*, tomo 1, Palencia, Excelentísima Diputación Provincial, 1985, p. 30.

¹⁷ Pobrezas, escasas posibilidades de liquidez monetaria, recibo y acopio de géneros heredados y vara de ser, todo “viejo, usado y roto” informan de una reducida relación con el mercado. (...) Una boda era momento familiar, comunitario, clave, y parece ser que ni aún entonces los consumos campesinos se disparaban. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo (dirs.), *Apariencias contrastadas, contraste de apariencias: cultura material y consumos de Antiguo Régimen*, León, Universidad, 2012, p. 75.

¹⁸ En Campazas había, un labrador que llamaban el rico del lugar; porque tenía dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza y andador, para ir a los mercados; un hato de ovejas, la mitad parideras y la otra mitad machorras; y se distinguía su casa entre todas las del lugar en ser la única que tenía tejas. ISLA, Francisco de, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Cátedra, 2016, p. 237.

5. Hogar, familia y vida privada

En el siglo XVIII se producen transformaciones económicas, sociales, culturales, estéticas, todas estas variables combinadas van modificando los espacios domésticos hasta convertirlos en el hogar, donde tienen cabida diferentes formas de relaciones sociales derivadas de la convivencia.

La casa es el marco que cobija las relaciones de familia en el mundo rural y urbano que forman parte lo cotidiano, dentro de las cuatro paredes que conforman la vivienda se desarrollan los afectos, las relaciones personales y familiares jerarquizadas, laborales, de comunidad y de parentesco que son depositarias de vivencias, es además un elemento que denota una categoría social¹⁹.

A lo largo del Antiguo Régimen las casas en tenían múltiples cometidos y el uso de los espacios se va adecuando a las necesidades de los usuarios y es también el lugar donde se aprende, se negocia, principalmente en las viviendas de la burguesía y la aristocracia. Surge de la mano de estas élites el concepto desconocido de habitabilidad, se trata de dotar a las viviendas de condiciones para que el uso y disfrute se haga agradable a sus moradores²⁰.

Por encima está la familia nuclear como célula básica de habitabilidad de las viviendas, se proyecta hacia la sociedad y en ella nacen y se desarrollan las relaciones familiares y de parentesco. La figura del padre es importante porque aporta la autoridad, es responsable de la familia y el encargado de su alimentación. El grupo familiar se extiende además hacia parientes, colaterales, clientes o vecinos, en función del establecimiento de relaciones económicas o sociales, que aportan identidad de grupo más o menos compacto.

¹⁹ Casi todas las viviendas están mal construidas, ya que raramente se ven dos paredes en ángulo recto. Las levantan, ante todo, por aparentar, y el buen aposentamiento lo toman poco en consideración. Por eso hay que cruzar dos o tres salas espaciosas que no sirven de nada, a fin de llegar a una habitación pequeña al otro extremo, donde se sienta toda la familia. GONZÁLEZ HERAS, Natalia, “Miradas propias y ajenas en un baile de espejos. La vivienda doméstica española del s. XVIII según los relatos de británicos”, *Tiempos Modernos*, 21 (2010/2), pp. 1-30 (p. 1).

²⁰ Entre ellos podemos resaltar la codificación de las normas de la vida cotidiana según la civilidad, la nueva actitud frente al cuerpo, el ejercicio de la lectura individualizada, el gusto por la soledad, la literatura autógrafa, el cultivo de la amistad personal, el gusto y la estética aplicados a los interiores domésticos, etc., que explican la conquista de ciertas parcelas de intimidad individual y de privacidad, muy a propósito de ser llevadas a cabo en el ámbito doméstico. De esta manera, todo aquello que tenía que ver con el propio yo, al nivel más personal, iba a prevalecer sobre lo colectivo, y lo concerniente a uno mismo quedaría en el terreno de lo íntimo para permanecer a resguardo de los demás; ARIES, Ph., DUBY, G. (dir.), *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*, Madrid, Taurus, 1989, tomo 3, pp. 7-19.

Lentamente se van produciendo cambios en el paradigma de familia, se abre la puerta a otras formas diferentes del mantenimiento de la estructura económica por la que todos deben sacrificarse, el papel de la mujer se reescribe, nuevas sensaciones surgen para quedarse, aspectos como las emociones, los afectos o los sentimientos y el valor de refugio que se atribuye a la familia. Es esta una evolución que, muy lentamente, ya no tiene vuelta atrás y se verá ampliamente desarrollada a lo largo de los siglos contemporáneos²¹.

Empiezan a cuestionarse los matrimonios concertados, tan habituales en la época, se critica la diferencia de edad que en ocasiones existe entre la pareja, y la mayoría de las veces es causa y efecto del mal entendimiento y la desdicha conyugal²². Los consumos también experimentan cambios debido a la creación de nuevas necesidades. Se operan transformaciones en las mentalidades, sensibilidades nuevas se ven así modificadas y van un paso más allá, es el caso de la sociabilidad o el gusto por relacionarse con otros individuos, que tiene una de sus formas de expresión en las casas donde se vive con más intensidad el ambiente familiar en toda su plenitud.

5.1. De puertas hacia adentro: la casa, los espacios en masculino y femenino

Las transformaciones en la mentalidad colectiva vienen de la mano de la creación de nuevos hábitos de sociabilidad en lo referente al espacio público y privado, con la aparición de ambientes más íntimos y familiares, aunque no será hasta el siguiente siglo cuando alcancen un mayor grado de desarrollo.

²¹ 1. En primer lugar, la búsqueda de cierto individualismo de costumbres, que separa al individuo de lo colectivo. 2 Luego la multiplicación de grupos de convivencia social, que permiten escapar tanto de la intimidad como de la soledad, y que son más restringidos que la comunidad de existencia en su totalidad- el pueblo o el barrio, la condición o el oficio-, pero más amplios que la familia. 3 Por último, la reducción de la esfera de lo privado a la célula familiar, que se convierte en el principal ámbito, cuando no en el único, en que se deposita la afectividad y se salvaguarda la intimidad. BEL BRAVO, M^a Antonia, *La familia...*, op. cit., pp. 24-25.

²² Véanse: BLANCO CARRASCO, José Pablo, *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura moderna, 1500-1860*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999. BRAVO CARO, J. Jesús, SANZ SAMPELAYO, Juan (eds.), *Población y grupos sociales en el Antiguo Régimen. IX Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Málaga, Universidad, 2009, vol. 1, Edad Moderna, Madrid, El Viso, 2006. CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (eds.), *Espacios sociales, universos familiares. La familia en la historiografía española. XXV aniversario del Seminario Familia y élite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007. GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco, “La historia de la familia en el interior castellano. Estado de la cuestión y esbozo bibliográfico (ss. XVI-XIX)”, en GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coord.), *Historia de la familia en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX). Balance regional y perspectivas. Homenaje a Peter Laslett*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008.

Existe una relación directa entre lo doméstico y el desarrollo de la intimidad, de ella se derivan los roles que con el paso del tiempo dieron paso a la privacidad de los espacios. La casa se vive de otra manera²³, no es solo un lugar físico donde se desarrolla la actividad diaria, se puede dotar a los espacios de elementos que hagan más grata la existencia, es también el lugar donde se despliegan los afectos y se ponen en práctica novedosos aspectos como comodidad y bienestar. La casa se repiensa y se revive hasta que se transforma en hogar; es en este ámbito donde las personas desarrollan la sociabilidad por medio de un nuevo estilo de vida²⁴.

Una de las principales características de la sociedad de Antiguo Régimen es su estatismo y la poca porosidad que ofrece a los cambios, sin embargo, a lo largo del tiempo largo que la conforman se producen lentas transformaciones, la vivienda no queda al margen, comienza así un lento caminar que dará como resultado la transformación de la casa en un espacio que traspasa el umbral de lo habitable, aportando ingredientes de sociabilidad más complejos.

Se trata de convertir las viviendas en lugares donde se desarrollen las vivencias, se produce la diferenciación de espacios y objetos y su distribución en el hogar viene de la mano de las mujeres, que demandan una privacidad para el uso y disfrute de determinados objetos a los que dotan de personalidad.

La casa no es solo el espacio donde se habita. En ella tienen lugar relaciones de índole familiar en las que se ponen de manifiesto los vínculos jerárquicos en función de un mayor o menor grado de dependencia, y es también el lugar donde se generan vivencias de variado signo, se producen alegrías y tristezas, en ella se nace, se vive, se muere y se plantea la vida diaria con sus seguridades e inseguridades.

²³ La domesticidad es una forma de entender las prácticas de vida con las lógicas consecuencias que diferencian a unas sociedades de otras. No hay que olvidar que es un elemento constante en todas las sociedades, marcado por la continuidad, que se ha ido perpetuando y redefiniendo regularmente. FRANCO RUBIO, Gloria A., “El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen. Notas para su estudio”, *Revista de Historia Moderna*, 30 (2012), pp. 17-31 (p. 24). Véanse: BIRRIEL SALCEDO, Margarita M. (ed.), *La(s) casa(s) en la Edad Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017; BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, *La casa: evolución del espacio doméstico en España*, ; y RYBCZYNSKI, Witold, *La casa, Historia de una idea*, Hondarribia, Nerea, 2009.

²⁴ Aunque la noción de domesticidad había estado presente en todas las culturas a lo largo de la historia, fue la burguesía quien se encargó de hacer de ella un estilo de vida que fue difundido por todas partes hasta imponerlo como forma de convivencia perfecta a finales del Antiguo Régimen; para el hombre burgués el entorno doméstico significaba el refugio donde poder encontrar el descanso apropiado tras la actividad ejercida en el exterior que le demandaba su trabajo. FRANCO RUBIO, Gloria A., *art. cit.*, p. 27.

En el siglo XVIII la casa era el centro de diversas actividades. Durante este tiempo comienza la incipiente especialización en los espacios que son vividos de forma más individual, resultado de un mayor interés por disfrutar de la intimidad, hecho que ya no tiene vuelta atrás. La casa va ofreciendo así una nueva versión de sí misma entendiéndose también vinculada de forma más directa con la familia. En ella se desarrolla además todo un universo de relaciones derivadas de un mundo de desigualdades, es lo que la hace interesante como objeto de construcción de comportamientos sociales.

La Ilustración concede importancia cultural a la decoración de las casas, reflejando así el progreso material aunque los grupos populares y rurales no estuvieran en condiciones de asumir tal concepto de progreso. La vivienda es una expresión cultural reflejo de la personalidad de sus moradores, en ella se sienten protegidos y sus espacios se adaptan a la complejidad de la vida diaria; la decoración de su interior, los objetos que se encierran en ella, son también elementos de civilización que forman parte de la cotidianidad.

La cocina no solo era un espacio de sociabilidad femenino, la mayor parte de las tareas que se realizaban en ella las llevaban a cabo las mujeres, pero tenía además de la función de preparar los alimentos otras, relacionadas con ser el espacio de la casa más transitado y el lugar donde se colocaban mesas, sillas o bancos de diversas tipologías.

Las casas pobres tanto en el campo como en la ciudad estaban poco ventiladas porque en la época carecía de importancia renovar el aire, por el contrario, se huía de las corrientes por considerarlas portadoras de enfermedades, la mayoría eran oscuras, no contaban casi con luz natural proveniente del exterior debido a la escasez de ventanas, la iluminación se realizaba a través de medios artificiales como las velas, en las casas de las clases más populares la escasa calidad de la cera producía malos olores y el peligro añadido de una posible intoxicación.

Las cuatro paredes de la casa conforman el ámbito de la domesticidad, de las vivencias familiares, lo doméstico se manifiesta por oposición al exterior, ofrece otro tipo de experiencias y relaciones que al igual que las interiores también forman parte de procesos

culturales, se van introduciendo lentamente objetos muebles o decoración que hacen la vida más cómoda y hablan de la personalidad y sensibilidad de los moradores de la vivienda²⁵.

Las incipientes formas de sociabilidad se escriben en masculino. El varón, como jefe de la casa era el responsable de la familia y los agregados, ya fueran parientes o dependientes, a los que debía cuidar y proteger. Desde esa postura de superioridad vive su cotidianidad, se otorga a la masculinidad una forma diferente de relación con el espacio doméstico o privado y también con el público.

Dentro del espacio doméstico, la autoridad paterna diseñaba y toleraba una mínima división de funciones, a saber: la función económica de la casa, la toma de decisiones y el control del patrimonio correspondía al padre; éste debía diseñar la estrategia familiar, que definía el comportamiento externo, económico y social de sus miembros²⁶.

El disfrute de la lectura en solitario es una práctica que se convierte en común a lo largo de toda la centuria dentro de las élites sociales, ello lleva aparejada una modificación del espacio doméstico por la creación de bibliotecas, con mobiliario específico para guardar los libros; se encuadra dentro del lento caminar hacia la consecución de una parcela de intimidad donde disfrutar a solas del pequeño placer–necesidad que puede suponer leer un libro²⁷.

En el Siglo de las Luces se dan pequeños pasos hacia la división de los espacios en femenino²⁸, hecho que viene de la mano de las élites y está en relación con el mundo de los afectos personales, estableciendo las diferencias respecto a lo que significa ser hombre y ser mujer. La diferencia que empieza a producirse entre sexos viene de la mano del papel que

²⁵ El problema esencial era el paso de una sociabilidad anónima de grupos en los que las personas podían reconocerse, a una sociedad anónima sin sociabilidad pública. Ariès, Philippe y Duby, George, (dir.), *ibidem*, p. 17.

²⁶ IMÍZCOZ BEUNZA, José M^a, OLIVERI KORTA, Oihane (eds.), *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo régimen*, Madrid, Sílex, 2010, p. 408.

²⁷ Estas nuevas formas de sociabilidad llevan las marcas de su origen en un punto: su carácter casi exclusivamente masculino, en nombre de una estricta separación de sexos, muestra que a diferencia de los “salones”, por ejemplo, no son solo microcosmos de dos rupturas: con la familia y con esa mezcla de sexos y de edades-hombres y mujeres, niños y adultos- que constituyen el marco de la experiencia cotidiana. AYMARD, Maurice et al., *Historia de la vida privada. 6, La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI–XVIII*, Madrid, Taurus, 1991, p. 86.

²⁸ En nombre de una estricta separación de sexos, muestra que a diferencia de los “salones”, por ejemplo, no son solo microcosmos de dos rupturas: con la familia y con esa mezcla de sexos y de edades-hombres y mujeres, niños y adultos- que constituyen el marco de la experiencia cotidiana. AYMARD, Maurice et al., *ibidem*, p. 86.

cada uno representa en la sociedad derivado de su condición natural, convirtiéndolo así en un valor de civilización.

La mujer tenía pocas opciones de elegir y el matrimonio por lo general era la vía impuesta. En las ciudades, el pensamiento ilustrado criticaba el exceso de libertad de las casadas, que comienzan a demandar sus propios espacios de sociabilidad en la casa. Tanto en el campo como en la ciudad, el cuidado de casa y familia corren a cargo de la mujer, tareas en las que empleaba mucho tiempo.

Las mujeres comienzan a ser realidades socioculturales que no están aisladas y entienden de manera diferente la sociabilidad, son también actores sociales y participan en el cuidado y crianza de los hijos, siendo la correa de transmisión de los valores socioculturales, por ello necesitan lugares donde desarrollar de manera diferente sus cotidianidades, libres de injerencias masculinas derivadas de las relaciones de poder.

La evolución y especialización de los espacios de la casa es paralela a la del mobiliario y enseres, es un lugar común en todas las clases sociales, pero los ritmos y los tiempos son diferentes. La decoración de las estancias es signo de categoría social. Las ventanas, aportan valor añadido a la vivienda por cuanto la hacen más habitable, aumentando iluminación y ventilación, aliviando así el contacto con aire viciado por el humo y el mal olor. La deficiente construcción y calidad de los materiales, hacía en ocasiones que los rigores del crudo invierno se sintieran dentro de las viviendas²⁹.

Lejos está aún el disfrute de la intimidad en el hogar. Buen ejemplo de ello es la ausencia de pasillo distribuidor o separador de estancias entre habitaciones; primaba la necesidad, los enseres y útiles domésticos eran escasos. Las casas eran sencillas y la distribución obedecía además a normas de la moral imperantes y a las necesidades de sus moradores, los espacios eran versátiles.

En las viviendas campesinas, la comodidad o el lujo no existen, los espacios se diseñan con capacidad plurifuncional. La principal estancia de la casa era la sala o la cocina, allí se hacía gran parte de la vida social porque era la única que se mantenía caldeada; por la

²⁹ SOBALER SECO, Ángeles, “En las casas de Cigales: los interiores domésticos de la Castilla rural al mediar el siglo XVIII”, *Tiempos Modernos*, 32, 2016/1, pp. 432-456. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, “Espacios públicos y privados de sociabilidad e intimidad en la ciudad de León en el siglo XVIII”, *Revista de Historia Moderna*, 30 (2012), pp. 195-209.

noche, hacía las veces de dormitorio, poniendo paja o mantas en el suelo. Ese espacio también servía para que las mujeres remendaran y zurcieran la ropa, era por lo general la habitación que tenía más y mejores muebles, aunque no fuese cómoda.

En la pared del portal, que hacía frente a la puerta, había una especie de aparador o estante, que se llamaba *vasar* en el vocabulario del país, donde se presentaba toda la vajilla de la casa, doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la Reina, dos jarras, de vidrio por la puerta del corral, estaba la sala principal, con su alcoba. Eran los muebles de la sala seis cuadros, abía un bufete con su sobremesa de jerga, listoneada a fluecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera, un arca grande³⁰.

Las casas rurales y urbanas se van acomodando a las necesidades laborales, reservando espacios para guardar los aperos y útiles de trabajo, los animales de tiro, los cerdos, gallinas, vacas, ovejas o conejos, el grano y los diversos productos del campo.

5.2. Ropa de cama y mesa, menajes y mobiliario

La escasez y simplicidad material en el mobiliario, enseres, ajuares y ropa de cama y mesa es común a la mayoría de los habitantes del mundo rural en la Castilla del siglo XVIII, con pequeños matices de carácter local. En los hogares más humildes, el mobiliario tenía diversos usos en relación con la actividad agrícola, se veía reducido a un número escaso de sillas de paja, una mesa, algún taburete, los bancos, si los había, cumplían la doble función de asiento y lugar donde dormir y las arcas hacían las veces de despensa; situados en la cocina, único lugar de la casa donde había calor. La vajilla era también pobre y la decoración escasa o nula, el mobiliario no se consideraba indicio de lujo o comodidad en una casa.

Consumos rurales (y consumos populares, que no es lo mismo), en todo caso el de la mayoría de la población sin voz, para conocer las vidas corrientes, pues mientras el campesinado vivía en precario vistiendo ordinariamente, las élites pasaron “de la holgura al refinamiento y el confort”³¹.

³⁰ ISLA, Francisco de, *op. cit.*, pp. 237-238.

³¹ PEÑA, Manuel (ed.), *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI- XVIII)*. Madrid, Abada, 2012, p. 59.

Se comienza a tener en cuenta como un valor añadido de modernidad y progreso, la capacidad de renovar la ropa y enseres domésticos. A lo largo del Dieciocho tiene lugar el advenimiento de una nueva sociedad de la apariencia y el lujo, como signos de distinción entre las élites, mientras que las clases más desfavorecidas se mueven dentro de itinerarios diferentes, como el comercio de viejo y el uso de almonedas con la venta de objetos usados en subasta pública a precios mucho más reducidos. Esta era una práctica extendida en la época, usada por variados tipos sociales, de esta forma acceden a determinados bienes y artículos como mobiliario, ropa de cama y mesa, vestuario o menaje, inaccesible en otras condiciones porque la sociedad de antiguo régimen estaba sujeta a una economía de subsistencia.

En la España moderna se da mucha importancia a las pertenencias que en forma de ajuares, muebles o ropa de cama y mesa, suelen provenir de las dotes que las mujeres reciben cuando se casan. Sus repertorios se fueron ampliando y especializando a medida que avanza el siglo y siempre en función de las posibilidades económicas y el estatus social. La evolución en los consumos, da cuenta de las transformaciones de la cultura material y las mentalidades. La mujer como sujeto pasivo e improductivo, es vista como una carga familiar, por ello debe aportar al matrimonio la dote, que palie en lo posible la situación económica. La posesión de objetos es la que establece diferencias entre clases e individuos, forman parte del patrimonio familiar, contribuyen a hacer la vida más cómoda, y son susceptibles de pasar de una generación a otra.

La posesión de enseres de uso doméstico es un indicador que cumple un doble papel, de un lado sirve para establecer las diferencias de estatus social, por otra parte es un marcador claro de las pautas de consumo. La tipología de utensilios era variada y su fabricación podía ser de hierro³².

Los utensilios de mesa van poco a poco abriéndose paso al uso diario, tanto en lo personal como en lo doméstico, el incipiente tenedor, cucharas, platos, cuchillos, jarras, morteros, cazuelas de barro, los bancos, el baúl, son accesorios que añaden un componente de civilización, una de las principales características de estos objetos es la versatilidad, debido a

³² Cucharas, cucharones, cucharas hondas, sartenes, planchas, calderos, pesos, atrancadores, braseros, badil, tenazas, candil, trébedes. HERNÁNDEZ LÓPEZ, Carmen, *Calles y casas en el Campo de Montiel. Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses "Don Juan Manuel", Diputación Provincial de Albacete, 2007, p. 366.

su escasez. Son objetos que forman parte del patrimonio familiar y que se transmiten a través de los ajuares y dotes de las mujeres.

En la cultura popular perviven las novedades junto con las carencias, pero aun tardaría en comenzar el declive de la ropa interior de lana. Se establecen categorías de uso de las prendas interiores y exteriores, en función de las necesidades, lo habitual es que se hereden³³.

El ajuar tiene importancia en todos los niveles sociales, destacando la revolución que produjo el uso de nuevos productos textiles. Los cambios operados en el vestir femenino se relacionan con la evolución de los tejidos que se produce a mediados de la centuria, al comenzar el uso del algodón. La ropa es un elemento más de visibilidad social³⁴.

Lavar la ropa y mudarse era una actividad atípica, resultaba un lujo, tanto para el vestido como para la ropa de cama. En sus visitas por el país, los extranjeros critican el atavío típico español y califican a los habitantes de sucios y de pobreza en el vestir³⁵.

A lo largo del siglo XVIII se produce la gradual sustitución de útiles de cocina de hierro por los de cobre. Las vajillas son pobres, formadas por algunos platos, jarras y en ocasiones fuentes y cazuelas de barro; el uso de cubiertos se hace habitual. Además de los espacios se especializan los muebles, los que sirven para sentarse, evidencian el rango social y en las casas principales pueden añadir respaldos, brazos y otros elementos decorativos, frente a los sectores populares que solo disponían de taburetes y banco, y en el mejor de los casos, sillas individuales³⁶.

³³ “La ropa que usaban las féminas campesinas de la Castilla dieciochesca para vestirse por dentro solía componerse de justillos, camisas, enaguas, sayas y medias. Exteriormente las prendas usadas eran petos, almillas, jubones o juboncillos, dengues, zagalejos, guardapiés, mandiles, mantos y manteos, mantillas, pañuelos -prenda que empieza a ser corriente en el vestuario femenino desde finales del siglo XVIII-. Las pocas prendas interiores masculinas se componen de camisas, calzoncillos y cacetas. Las exteriores son anguarinas y casacas (...) todas estas prendas están hechas con textiles tradicionales”; BARTOLOMÉ, BARTOLOMÉ, J. M., GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (dirs.), *Apariencias contrastadas, contraste de apariencias:..., op. cit.*, p. 87.

³⁴ Las prendas interiores higiénicas, cuellos y puños, se convirtieron (o no) en escaparates de limpieza o refinamiento (querían que todos supiesen que eran de hilo fino); GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “vestidos pobres: consumos estancados. Valladolid en el siglo XVIII”, *Estudios Humanísticos. Historia*, 15 (2016), pp. 69-95 (p. 73).

³⁵ El modelo de vestimenta masculino popular evolucionó desde el clásico calzón y el jubón a acompañar al primero con chupa y camisa, abrigados siempre por capas y monteras, pero con muy poca presencia de las casacas. Ellas pasaron, sin abandonarlas nunca, del guardapiés y la mantilla, al manto. GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *ibidem*, p. 76.

³⁶ Camas, catres, cunas y su renovado concepto de niñez, jergones y colchones; velas, baúles, orinales, cortinas o pinturas sacras muestran tales contrastes y los distintos ritmos existentes para cubrir las necesidades familiares

5.3. Alimentarse y comer en el siglo XVIII

La necesidad de comer obliga a todos los seres vivos, pero en los humanos se convierte en un hecho cultural e histórico, con parámetros asociados al lugar, la época, la estación del año, la capacidad adquisitiva o los avances técnicos.

La sociedad de Antiguo Régimen tiene en las desigualdades ante la comida una de sus expresiones más amargas, mientras los ricos hacen ostentación del lujo, a los pobres solo les queda la supervivencia, aunque hagan grandes esfuerzos por comer más y mejor³⁷.

En la Castilla de los siglos modernos la alimentación no presentaba grandes diferencias con la del resto de España, ni de los países limítrofes, el sustento diario se centraba principalmente en pan, vino y carne, de forma desigual en cantidad y calidad en función de la variable de clase.

El pan ha sido a lo largo de siglos la base de la dieta de todas las clases sociales por sus cualidades nutricionales, fácil fabricación y conservación. La diferencia entre las clases más desfavorecidas y las acomodadas estribaba en que para los pobres formaba parte del sustento principal, su calidad era inferior por la mezcla de harinas de distintos cereales, mientras para el resto, se consideraba un alimento secundario y fabricado con harinas de trigo de buena calidad.

El vino formaba parte de la alimentación diaria, muy del gusto de todas las clases sociales de cualquier edad y condición, tanto del campo como de la ciudad, aunque también existían diferencias de calidad y variedad. Los pobres solo tenían acceso a los de peor clase, y su conservación presentaba dificultades la mayoría de las veces. El vino tenía también un componente lúdico, asociado a fiestas y ritos, no solo se bebía por gusto, era un elemento de

populares dentro de aquellas alcobas. Criterios económicos, sociales, parentelares y de urbanidad se enlazaban detrás del acondicionamiento de dichos espacios puertas adentro, con su ropa blanca de cama y un todavía modesto mobiliario adjunto característico, para ir definiendo una dinámica evolutiva muy plástica entre lo público y lo privado. GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “Desde la calle hacia mesas y alcobas. Privacidades materiales domésticas de Antiguo Régimen entre los grupos populares, intermedios y burgueses”, *Tiempos Modernos*, 32 (2016/1), pp. 398-418 (p. 413).

³⁷ Durante la Edad Moderna, la tendencia general era comer dos o tres veces al día, en función de las horas de luz y por tanto las horas de trabajo: más veces en verano en que las jornadas eran más largas, menos veces en invierno en que eran más cortas. Se solía hacer la comida principal a mediodía y la tendencia, sobre todo en las ciudades y entre las clases altas era ir retrasando la hora de comer. La cena para la mayoría de las gentes solía ser ligera y se solía hacer al regresar a casa, finalizado el trabajo, al hacerse de noche. Los pobres comían una sola vez al día, al mediodía; GARCÍA FERNÁNDEZ, M., *Cultura material... op. cit.*, p. 167.

sociabilidad de primer nivel muy presente en las casas, tabernas y lugares de encuentro, sus variedades y preparaciones eran múltiples en función de la geografía, era apreciado también por los viajeros extranjeros que llegaban a España.

La carne era por lo general un producto caro, cuyo acceso estaba restringido para los pobres que solo tenían acceso a la de peor calidad, siempre que su economía lo permitiera, mientras que las clases privilegiadas gustaban de consumirla en la comida y por la noche y las clases intermedias en la comida, pero la Iglesia prohibía su consumo en determinados periodos del año, por lo que el pescado fresco o en salazón tenía también mucha importancia en la dieta de ricos y pobres, en estos su consumo era mayor que el de la carne por su precio más asequible.

Lo mismo que el vestido, la alimentación presenta cambios, continuidades y modas, las novedades más importantes son los productos indianos que producen una pequeña revolución en la manera de alimentarse de los españoles, por las aportaciones de productos exóticos que poco a poco se hacen habituales en todas las cocinas, en las de los ricos, que comen mucho y pueden permitirse productos más elaborados y caros, y en las de los pobres que tienen una dieta más simple y escasa en función de sus posibilidades, aunque el peso de la tradición está muy presente en productos de consumo mayoritario como el pan, el vino y la carne, con desigual consumo en función de las posibilidades económicas. Por lo general, la alimentación en el ámbito rural era sencilla y rutinaria, con particularidades regionales y claramente estacionales.

La integración de productos americanos al recetario español obedece a condicionantes de carácter económico, religioso, cultural y social. No todos lo hacen a la vez ni tienen el mismo éxito. En el siglo XVIII la incorporación de las plantas de judías, pimientos, maíz, tomate y patatas, se había producido de forma satisfactoria en la dieta, con preparaciones diversas en función de particularidades regionales y del poder adquisitivo, pero sin duda el producto que más expectación despertó fue el chocolate³⁸.

³⁸ “No hay duda de que las familias pobres y menos acomodadas consumen la mayor parte de su capital en mantenimiento (...). Lo contrario sucede en las familias ricas, de cuyo capital se invierte la mayor parte en sustento, en el cual entran muchos efectos ó extranjeros como té, café, vinos generosos, ó de nuestras colonias como azúcar, cacao y otros”; PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, *Mesas y cocinas en la España del siglo XVIII*, Gijón, Trea, 2011, p. 15. Véase también: PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, *La vida y la época de Carlos III*, Barcelona, Planeta, 1999.

Inmersos en el Antiguo Régimen, las condiciones sanitarias son mínimas. Por eso la única vía de supervivencia en un mundo de desigualdades era comer mucho. La presencia cotidiana de la Iglesia prohibía los consumos de ciertos productos en épocas determinadas, si bien el pago de muchas bulas permitía eludir dichas abstinencias.

El huevo era un alimento recurrente por lo barato e inaccesible de la carne y pescado la mayoría de las veces, siendo su sustituto natural y fuente de proteínas, mientras que la ingesta de frutas es una práctica que va extendiendo su consumo en las diversas vertientes, fresca, seca o en conserva; la costumbre era consumirlas al terminar la comida. Los viajeros extranjeros en sus visitas a España se hacen eco de las diferencias en la alimentación respecto de sus países de procedencia, tanto en la preparación como en el consumo de los productos.

El comer cada día era un anhelo para todos, el cancionero popular recoge muchas muestras de ello; el hambre era el lugar común de las clases más desfavorecidas de época moderna:

Hoy comamos y bebamos,
Y cantemos y holguemos,
Que mañana ayunaremos³⁹.

Pese a todo, en las fiestas y grandes celebraciones de la Castilla rural también se celebraban banquetes, en la cultura de las apariencias, tanto en las clases privilegiadas como en el vulgo, celebraciones y comida estaban asociadas, para muchos era la única forma de comer en abundancia, aunque eso no significase comer bien. En ocasiones el fin de fiesta tenía lugar con música, el baile era un elemento festivo del gusto de todos, cualquier instrumento por simple que fuera servía para alegrar la velada.

Comamos, bebamos tanto,
Hasta que nos reventemos,
Que mañana ayunaremos⁴⁰.

A lo largo de la Edad Moderna, tradiciones festivas, calendario litúrgico y comida, iban de la mano, la religiosidad se vive de forma intensa en todas las capas de la sociedad. En fechas señaladas como Navidad o Pascua de Resurrección, la tradición culinaria ejercía un poder igualatorio, todos intentaban degustar las mismas viandas en la medida de sus posibilidades, si bien, la diferencia entre ricos y pobres la marcaba la calidad y cantidad de

³⁹ ENCINA, Juan del, *Cancionero de Juan del Encina*, Primera edición, 1496, Madrid, p. 103.

⁴⁰ ENCINA, Juan del, *ibídem*, p. 103.

los productos. El Carnaval, era otro de los momentos del calendario en el que la alimentación cobraba relevancia.

Cada uno comía, bebía y se divertía hasta hartarse en función de sus posibilidades, en casa o fuera de ella si el tiempo lo permitía, como antesala a los cuarenta días de privaciones, ayuno y abstinencia que traía consigo el periodo de la Cuaresma, cuando había que olvidarse de la matanza del cerdo⁴¹.

Dentro de los espacios de sociabilidad de puertas afuera y puertas adentro cobra especial relevancia el papel del vino, uno de los pequeños placeres a los que podía acceder el vulgo, se consumía en las tabernas o de forma más individual en las casas. No se entendían las celebraciones festivas sin el vino, el refranero popular se encargaba de ponerlo de manifiesto.

5.4. La higiene y la importancia del agua

Durante el Antiguo Régimen muchos pagos de Valladolid y de toda la meseta castellana, “no tienen más agua que la del cielo”⁴². La limpieza del cuerpo es el resultado de progreso y el grado de civilización de la sociedad, provocando que tanto hombres como mujeres destinen parte de su tiempo al aseo y cuidado personal como carta de presentación social. Es a lo largo de la Edad Moderna cuando, lentamente, se va imponiendo el interés por ciertas prácticas higiénicas en relación a la limpieza corporal. Aunque no siempre se usara el agua, estaba muy extendida la costumbre del aseo en seco, sin presentar tampoco mucha más atención a la limpieza de la ropa. A lo largo de los siglos precedentes se había desarrollado la teoría de que el uso de agua para la limpieza corporal estropeaba los cuerpos y destruía los humores, que según las teorías de Galeno eran la clave para tener una buena salud.

El aspecto social está muy presente en la diferente percepción corporal que gradualmente se va imponiendo. De su mano se operan cambios en el aseo personal y el cuidado del cuerpo con distintos grados de exigencia, convirtiéndose en una rutina más en la

⁴¹ Era cuestión de marcar el contraste entre la abundancia del Carnaval y la austeridad cuaresmal. Los platos típicos del Carnaval eran platos de carne, sobre todo volatería y cerdo, ya que la carne estaría ausente de la mesa en los siguientes cuarenta días. VERDÚ MACIÁ, Vicente et al., *Fiesta, juego y ocio en la historia: XIV Jornadas de Estudios Históricos, organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, p. 193.

⁴² MARCOS MARTÍN, Alberto (coord.), *Agua y sociedad en la época moderna*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009, p. 231.

sociedad de las apariencias, en instrumento de sociabilidad y elemento de cotidianidad. Son también los inicios del tocador, allí se guardan los productos de higiene personal. Fueron las élites las que lo pusieron de moda como signo de distinción social y diferenciación entre sexos.

El agua es un elemento indispensable para la vida y necesario para cubrir las distintas necesidades de comida, limpieza o aseo personal, aunque las costumbres de la época diferían bastante de las actuales. El acceso a éste bien de primera necesidad no era fácil, se hacía necesario su acarreo a las viviendas, aunque en algunas zonas de la Castilla rural disponían de un pozo que ofrecía agua corriente de manera inmediata.

Otro problema se planteaba a la hora de deshacerse de los residuos humanos en un momento en el que el uso de retretes aún no estaba generalizado, con el correr del tiempo se construyen muebles que se adaptan a ese tipo de necesidades.

Las prácticas higiénicas no están muy extendidas durante el siglo XVIII y la Castilla rural no era una excepción. El agua corriente no está instalada en las casas. El baño es visto como una práctica inútil (pecaminosa) y el aseo corporal se realiza en función de los sentidos de la vista y el olfato, centrándose en las zonas que están a la vista como la cara o las manos, mientras que el cuerpo se consideraba limpio cuando se efectuaba la muda de ropa interior que se cambiaba y lavaba con diversas frecuencias, en función de la persona y del trabajo realizado.

El tocador, como espacio dedicado al cuidado personal o como lugar donde se almacenaban los artículos de aseo, en esta época era desconocido por la población rural. El pudor a la hora de realizar las necesidades fisiológicas, obligó a la búsqueda de espacios más íntimos y privados, y, en principio, el dormitorio fue el lugar idóneo.

Una camisa blanca ofrece a la vista sensación de limpieza, la ropa interior absorbe sudor e impurezas de la piel y mudarse la camisa tiene el mismo efecto que lavarse y es más seguro y ofrece menos peligro. El esfuerzo y la dureza de las tareas del campo producen sudor: mudando de camisa quedaba uno limpio. Esta era la mentalidad de la época: “los jóvenes se bañan por placer y los demás toman el baño para conservar la salud”⁴³. El cambio

⁴³ VIGARELLO, Georges, *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1991, p. 130.

de ropa era visto como el hecho diferencial que suponía la limpieza; tener el cuerpo limpio era secundario⁴⁴.

La ropa interior comienza en este siglo a hacerse más habitual, la verdadera revolución viene de la mano de las nuevas fibras como el algodón, que se van introduciendo primero en los consumos urbanos de la mano de las clases altas y medias y andando el tiempo en los rurales.

A mediados del siglo XVIII la moda empieza a estar muy presente entre las clases más elevadas y poco a poco transforma la manera de vestir de hombres y mujeres, añadiendo a la indumentaria elementos que aportan elegancia y complejidad, a la vez que es un elemento de transformación social. Vestirse se va convirtiendo en un proceso más complicado, donde la apariencia cobra relieve porque es la imagen de la persona. Estamos en un mundo que pese a ser rígido también se producen trasgresiones en lo cotidiano y ponen en relación conceptos antagónicos como son el lujo y la necesidad.

Se impone la costumbre de vestirse para ir a misa o el paseo, los toros, y el teatro en el caso de las mujeres, que emplean gran parte del tiempo del que disponen en su cuidado personal, los hombres además para ir a la tertulia.

6. La rutina diaria: emplear las horas

Los tiempos y los ritmos de vida en el Siglo de las Luces eran repetitivos y monótonos⁴⁵. La vida estaba llena de inseguridades y cualquier hecho que se desviara del acontecer diario añadía una dosis de desconfianza, pues, por lo general, los hechos inusuales solían causar perjuicios. La sociedad estaba a merced de las fuerzas de la naturaleza que con asiduidad mostraban su cara más amarga, en forma de plagas, lluvia, granizo o sequías que arruinaban la economía y hacían imposible su explicación científica, favoreciendo la

⁴⁴ “Son las palanganas los instrumentos de limpieza más generalizados a fines del siglo XVIII. Piezas de estaño o de loza para los más ricos (...) cerámicas de gres o de barro para los demás, a menudo se incluyen en los censos con la vajilla. Su número sigue aumentando a finales del XVIII, en particular en las clases populares”; VIGARELLO, G., *op. cit.*, p. 205.

⁴⁵ “En este bajo nivel de vida cotidiana, prevalece la rutina: se siembra el trigo como siempre se ha sembrado, se planta el maíz como siempre se ha plantado, se allana la tierra del arrozal como siempre se ha allanado (...), esta vida impuesta más que ejecutada, repetida a lo largo de siglos”; BRAUDEL, F., *Civilización material...*, *op. cit.*, p. 17.

aparición de comportamientos poco racionales y en muchas ocasiones llevaban aparejada violencia.

La única explicación venía de parte de la Iglesia, que interpretaba los hechos como una respuesta divina ante un pecaminoso comportamiento humano, obligando a ofrecer al cielo rogativas, misas y penitencias, a las que el vulgo se entregaba con intensa devoción. La cultura del miedo está muy presente en la sociedad de la ignorancia, les convierte en seres vulnerables que deben enfrentarse a las inseguridades del día a día. Así, el temor a la muerte es una presencia constante. Los niños se bautizan al poco tiempo de nacer, se les encomienda al santo del día, al patrón del pueblo o a algún otro por el que la familia tenga especial devoción para que ejerza sobre ellos su poder benéfico. Imágenes de la Virgen y de los Santos se colocan en las casas para que ofrezcan protección a sus moradores.

La rutina tiene dos caras. De una parte está el acontecer diario, con las distintas respuestas que ofrece a las situaciones planteadas, como son el comer, trabajar o la diversión que pueda o no disfrutarse, la otra se presenta en forma de quiebra de los hábitos y costumbres y aparece de la mano de lo excepcional; pueden parecer ambas afirmaciones contradictorias, nada más lejos de la realidad: son complementarias y aportan la dosis de armonía necesaria a una sociedad que está en proceso de cambio.

La vida y las costumbres de los hombres y mujeres de la época se desarrolla entre dos dimensiones de sociabilidad: la casa, círculo concéntrico desde donde se irradian comportamientos hacia el otro espacio social, el pueblo o aldea; ahí donde las gentes emplean su tiempo en comer, dormir, trabajar, cumplir con las obligaciones sacras, ir a la taberna o divertirse. La mayoría rural nace y muere en el mismo sitio, a lo largo de su vida solo conocen unas leguas más allá de su casa, hecho que no hace sino aumentar las diferencias entre el mundo campesino y el urbano.

Vivir en precario es lo natural en la sociedad de los siglos modernos. Esta precariedad deja ver su vertiente más dolorosa a través de las enfermedades y epidemias que de forma recurrente se manifiestan a lo largo del tiempo: peste, viruela, fiebres tifoideas, sífilis o tifus son habituales debido a las circunstancias de penuria económica, alimentaria, higiénica o sanitaria. Tanto su desarrollo como la intensidad con la que se revelaban, era desigual,

siempre en función de la categoría social, la que estaba mejor alimentada gozaba de más salud para afrontar con éxito las adversidades.

La enfermedad y la muerte son presencias constantes. La mayoría de las veces la medicina se mostraba incapaz de ofrecer respuestas, salvo una mayor higiene como medida de prevención en algunos casos, mientras que la reacción de las autoridades civiles era por lo general el aislamiento, que en muchas ocasiones se veía agravado con problemas de abastecimiento; en paralelo, la Iglesia optaba por rogativas y muestras de arrepentimiento comunitario... al pueblo solo le quedaba ver con angustia y pena como iban muriendo sus seres queridos.

La violencia está muy presente en la sociedad del siglo XVIII, es una vía para canalizar su insatisfacción y hacer frente a los abusos señoriales, los conflictos vecinales, los impuestos, el deterioro generalizado del campo, las hambrunas y las pocas respuestas que desde los sucesivos gobiernos se ofrecen, pese a que el mundo ilustrado intente fomentar la felicidad del pueblo.

El mundo rural tenía poco conocimiento de lo que sucedía fuera de su ámbito, lo que no significa que estuviera totalmente aislado; las noticias llegaban por vía de arrieros, temporeros o buhoneros, que hacían también las veces de distribuidores de mercancías, y eran colaboradores necesarios a la hora de paliar las carencias locales.

El espacio rural vive instalado en el mundo de lo necesario, mientras que los más ricos, lo están en el vigoroso universo de lo superfluo. En la ciudad tiene su asentamiento la nobleza, el personal de la administración y los mercaderes; son estos quienes con sus pautas de consumo, su nivel de renta y su cultura, determinan la superioridad de las ciudades sobre el campo⁴⁶.

La pobreza y el atraso rural estaban en consonancia con el escaso desarrollo del país. La esperanza de vida no era elevada en general, pero siempre los pobres estaban mucho más expuestos a la enfermedad.

⁴⁶ La construcción de un espacio de libertad sustraído al dominio de la autoridad estatal, replegado en lo particular, es precisamente lo que permitió el nacimiento del nuevo espacio público, heredado y transformado a un tiempo por la capacidad creadora de la política revolucionaria; FRANCO RUBIO, Gloria A., *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla, Mergablum, 1999, p. 253.

Las rutinas cotidianas las imponen los tiempos agrícolas más que el reloj, los animales marcaban el ritmo de las horas. Siempre que el tiempo lo permitiese, los días empezaban al salir el sol, con el canto del gallo y acababan al anochecer. Las campanas informaban a los vecinos de todo lo que necesitaban saber, si había un fuego, una defunción o si llegaban tarde a misa. El toque del Ángelus, indicaba el mediodía y no necesitaban de más instrumentos para medir el tiempo.

En el espacio rural el peso de la costumbre es grande, pero eso no significa que no se cometieran transgresiones. Las fiestas, eran un elemento más de cotidianidad, y cuando corría el vino, los excesos salían a la luz⁴⁷. Las noches eran el principal problema al que se enfrentaban todas las autoridades, con la música, los bailes y el vino.

6.1. El lujo, una ropa para cada ocasión, la diferenciación social

El vestido no es solo una forma de cubrir el cuerpo, denota estatus social a la vez que es actor principal dentro del juego de relaciones sociales y atribuye a los individuos una imagen personal que los identifica dentro del grupo en el que interrelacionan. En la España del Setecientos se producen cambios que manifiestan lo importante de la vestimenta, partícipes de un proceso más amplio de reformas. En este tiempo, de la mano de la corte francesa, la moda se manifiesta como un elemento de sociabilidad, se pone en valor el gusto por el lujo en la indumentaria y sus complementos.

En la sociedad rural los tiempos y los ritmos funcionan de diferente forma, aunque también las transformaciones de las ciudades llegan al campo y afectan primero al vestido y más tarde a los enseres de la casa. El mundo de las apariencias y la cultura de lo externo fueron abriendo la puerta al universo de lo superfluo que demanda consumos diferentes, aunque no desaparece la costumbre de modificar las prendas desgastadas para darlas una nueva vida en la empobrecida sociedad rural.

El poderoso de este siglo (hablo del acaudalado, cuyos capitales son objeto del lujo) ¿en qué gasta sus rentas? Despiértanle dos ayudas de cámara primorosamente peinados y vestidos; toma café de Moca exquisito en taza traída de

⁴⁷ Joseph Pérez ha recordado que el significado de tolerar en los siglos XVI, XVII y XVIII no se relacionaba con el aspecto religioso, sino con en el acto diario de soportar algo, y no castigarlo aunque lo mereciese según la ley o la costumbre. PEÑA DÍAZ, Manuel, "Tolerar la costumbre: Ferias y romerías en el siglo XVIII", *Hispania*, vol. 74, nº 248 (2014), pp. 777-806 (p. 778).

la China por Londres; pónese una camisa finísima de Holanda, luego una bata de mucho gusto tejida en León de Francia; lee un libro encuadernado en París; viste a la dirección de un sastre y peluquero francés; sale con un coche que se ha pintado donde el libro se encuadernó; va a comer en vajilla labrada en París o Londres las viandas calientes, y en platos de Sajonia o China las frutas y dulces; paga a un maestro de música y otro de baile, ambos extranjeros; asiste a una ópera italiana, bien o mal representada”⁴⁸.

La implantación de las leyes suntuarias con sus avances y retrocesos es un hecho revelador de la sociedad estamental de Antiguo Régimen, al poner en valor la apariencia y el lujo en lo personal que afecta por igual a hombres y mujeres⁴⁹: los ilustrados critican el lujo porque crea necesidades.

En el otro extremo de la escala social el abastecimiento por medio de la venta ambulante, fue el elemento que contribuyó a aportar cambios en la indumentaria y las costumbres de las gentes corrientes en el ámbito rural, adquirirían lo que para ellos representaba una novedad proveniente de las ciudades, transformándolas a una nueva escala más accesible y acercándolas a lo cotidiano.

La vestimenta de los labradores castellanos era fiel reflejo de su vida, se visten de forma austera y son poco permeables a los cambios que se producen lentamente porque el peso de las permanencias es muy elevado.

6.2. Diversiones: placer y necesidad

Si hay un tema importante, esencial para comprender los caracteres fundamentales de las sociedades europeas, del mundo católico, es éste de la conexión del ritmo del mundo físico, marcado por el año, el ritmo de trabajos, quehaceres y fiestas, y la ordenación que en la última instancia, dio la Iglesia en forma general⁵⁰.

⁴⁸ CADALSO, José, *Cartas Marruecas, Noches lúgubres*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 248-249.

⁴⁹ “Se ven Leyes Suntuarias promulgadas, y repetidas en las naciones que se tienen por más cultas, y en todas formas de gobierno. Se ven en las repúblicas, y en las monarquías: en los estados ricos, y florecientes, y en los míseros, y desdichados”; SEMPERE Y GUARINOS, Juan, *Historia del lujo*, Madrid, Atlas, 1973, p. 13.

⁵⁰ CARO BAROJA, Julio, *El estío festivo (fiestas populares europeas)*, Madrid, Taurus, 1984, p. 8.

Todas las sociedades en cualquier época y lugar necesitan tener sus propias parcelas de esparcimiento y diversión, dentro del paisaje rural y urbano, las calles y plazas son parte activa de la sociabilidad lúdica y las vivencias en comunidad, el baile, las tabernas, las peleas de gallos, los espectáculos que alimentaban la dinámica de la vida del Siglo de las Luces, los ritos y costumbres son la base sobre la que se desarrollan las celebraciones y actos lúdico-festivos, mezcla de trabajo, fiesta y religiosidad, trasladan la diversión de puertas afuera. Las tertulias a las puertas de las casas y las tabernas, ayudaban a hacer más llevadera la jornada, esa efervescencia se iba apagando a medida que las noches se hacían más cortas, la llegada de los fríos lo cambiaba todo, se producía la sociabilidad de puertas adentro.

En la recta final del siglo XVIII se va produciendo la lenta pero firme transformación del mundo del ocio, será en el XIX cuando adquiera carta de naturaleza. En las zonas rurales y urbanas la llegada de la noche significaba absoluta oscuridad, ese era territorio abonado para gentes de mal vivir. Pese a todo, en las largas jornadas de trabajo de los estíos castellanos las gentes querían salir de la rutina diaria y se entregaban a prácticas de sociabilidad de puertas afuera.

Las diversiones del pueblo son sencillas y baratas en una sociedad rural y de subsistencia, eran con pocas variaciones las mismas para todo el país. “Un día claro y sereno en que pueda libremente pasear, correr, tirar a la barra, jugar a la pelota, al tejuelo, a los bolos, merendar, beber, bailar y triscar por el campo, llenará todos sus deseos y le ofrecerá diversión y el placer más cumplidos”⁵¹.

La diversión tiene en estos momentos dos vertientes, de un lado la religiosa, la religión lo inunda todo y rige los tiempos y las vidas de la gente, de otro la profana, con destacado protagonismo de las ferias y mercados que son uno de los motores económicos del reino. “Este pueblo necesita diversiones, pero no espectáculos. No ha menester que el Gobierno le divierta, pero sí que le deje divertirse. En los pocos días, en las breves horas que puede destinar a su solaz recreo”⁵².

El día del Corpus Christi es la fiesta religiosa por antonomasia, representa el escaparate donde se visualizan las relaciones de poder dentro de la sociedad de desigualdades.

⁵¹ JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria*, Madrid, Cátedra, 1977, p. 137.

⁵² JOVELLANOS, G. M., *ibídem*, p. 137.

Es en la procesión donde se manifiesta la jerarquía y la estructura social, porque cada uno tiene su lugar asignado.

No se concibe la fiesta sin danza ni música al son de tambores, gaitas y dulzainas que por lo general iban acompañadas de tarascas, figuras en forma de dragón-serpiente, habituales este día. Estaban también presentes otros elementos como los gigantes y cabezudos y las botargas o máscaras que hostigaban a la gente. Otros ingredientes que aportan personalidad a la fiesta del Corpus son los autos sacramentales, que en forma de teatro religioso cumplían la función de ensalzar la eucaristía, o las corridas de toros... presentes también, siempre, para festejar a San Isidro.

“La fiesta forma parte de la identidad de las sociedades y de su historia, en la cultura popular se vive de forma intensa porque es la fórmula habitual para escapar de la rutina diaria”⁵³.

Las fiestas se condensan principalmente a lo largo de la primavera y el verano cuando el tiempo alarga los días, quedando separadas del ciclo de invierno que da comienzo con la Nochebuena y Navidad, en la que los hombres iban a la taberna y había bailes, sin olvidarse de la obligada misa del gallo. Las romerías –mezcla de religiosidad sacra y profana– y procesiones formaban también parte de la sociabilidad comunitaria de la época, la comida, el vino, el cante y el baile no podían faltar.

La fiesta del Corpus Christi era de las más importantes y coloridas, donde la cultura de las apariencias cobraba todo su sentido. Los mayordomos de las cofradías el día anterior a la fiesta obsequiaban al pueblo con algún ágape en forma de refresco, cuyos excesos en ocasiones eran causa de ruina económica. La gente disfrutaba con las múltiples formas de diversión. “Los danzantes de la procesión, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrían, las dos o tres docenas de cohetes que se arrojaban, la hoguera que se encendía la víspera de las fiestas”⁵⁴.

Las fiestas tanto sacras como profanas en el mundo de Antiguo Régimen eran abundantes, siempre asociadas a los ciclos de trabajo en el campo, era esta la forma de

⁵³ MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, Palma et al., *La fiesta en el mundo hispánico*, Castilla-La Mancha, Universidad de Castilla La Mancha, 2003, p. 291.

⁵⁴ ISLA, Francisco de, *op. cit.*, p. 584.

descansar de la dureza de las condiciones laborales, aunque la precaria economía campesina hacía en ocasiones que los labradores se vieran obligados a incumplir el precepto por tener que elegir entre la fiesta y el sustento familiar. “Si a las 38 celebraciones reseñadas sumamos los 52 domingos obtenemos el número de 90 jornadas de fiesta (...) casi supone la cuarta parte de los días del año”⁵⁵.

7. Conclusiones

La noción de mentalidad debe definirse mejor compatibilizando los parámetros de psicología y sociología con los propios de la ciencia histórica, ejemplo de la necesidad de recurrir a otras disciplinas para ayudar a explicar conceptos no valorados antes a la hora de hacer historia; se abre así un abanico de experiencias y vivencias desde lo colectivo y lo individual que reciben un tratamiento más personalizado.

A su vez, la cultura material ayuda a explicar conceptos en clave de civilización, por cuanto aporta los materiales con los que se conforma lo cotidiano, configurando, además, una nueva forma de relación entre sujetos y objetos dando como resultado un hecho social. Dentro de esta construcción es donde se suceden los comportamientos sociales en los que se desenvuelve la cotidianidad.

Desde esos presupuestos, el siglo XVIII ofrece un buen ámbito de estudio y análisis dentro de la historia de las mentalidades, y supone una forma válida de acercarse a la sociedad de Antiguo Régimen. Así, el acontecer diario influye a la hora de modificar las estructuras sociales, en tanto que estas no se comportan como elementos estáticos. Los cambios, las transformaciones y permanencias internas, son abordados a través de la interdisciplinaridad y con su variedad de enfoques, establece un nuevo discurso para interpretar la cultura material.

Las imágenes que sugiere lo cotidiano aportan otra perspectiva, centrada en el estudio de circunstancias, situaciones y momentos de la vida diaria, como son la comida, el vestido, la fiesta, la higiene personal, la rutina y sus tiempos, la familia y tantas otras que forman parte de la cultura y la mentalidad, llenando la vida de las gentes corrientes que antes no tenían interés para la historia. Se produce la convivencia en planos de desigualdad de los estratos

⁵⁵ MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, P., *op. cit.*, p. 303.

populares y las élites, a la par que los sectores sociales que se tenían por estables son ahora contemplados como estratos flexibles.

A lo largo de la centuria se van produciendo tensiones y conflictos entre la tradición y la modernidad, se alumbra el camino para el advenimiento de un nuevo concepto de civilización. Las rutinas sociales y la vida diaria, con sus manifestaciones y variadas actitudes, son cuestiones que forman parte de lo cotidiano y se relacionan entre sí para formar un tejido social diferente, dentro de un mundo lleno de carencias y desigualdades en transición hacia una civilización contemporánea.

Durante el Antiguo Régimen se va configurando de la mano de las élites sociales una nueva forma de percibir la vida en lo cotidiano. La domesticidad se apoya sobre cambios y permanencias en el tiempo y el espacio, manifestándose distintas cuando se trata de los colectivos más desfavorecidos. Rutina y tradición forman parte de un todo en el mundo rural, y aunque existe el miedo a los cambios en esta sociedad poco permeable, no es un ente inamovible. Conceptos como individualidad y privacidad son aún incipientes, y por eso necesitan de las apariencias para desarrollarse.

Mientras las minorías privilegiadas viven instaladas en el confort y el lujo, los pobres lo hacen en la escasez y las privaciones con un consumo mínimo. Los cambios en lo cotidiano se viven en clave burguesa y urbana. Así, se propaga la idea de privacidad, especialización y feminización de los espacios de la casa, y es a través de su desarrollo desde donde se puede explicar el nacimiento y evolución del individualismo, novedosa forma de civilización, y desde donde se traslada al espacio cultural y social; nuevos ideales conforman la sociabilidad, la estética y las apariencias, aunque la entrada de la modernidad en la Castilla rural del siglo XVIII presente muchas aristas dentro de un retraso patente respecto a la evolución madrileña o portuaria.

El estudio de la casa, los espacios y sus usos, también han comenzado a ser tratados por las escuelas historiográficas que ofrecen una nueva visión producto de este planteamiento teórico. Las funciones diferentes de la vivienda ponen en relación a ésta con la historia de la familia, dentro del ámbito de la vida cotidiana, y así se convierte en un elemento de análisis de la cultura material, con aportaciones que provienen del estudio de los entornos espaciales, consumos, posesión de objetos, su repercusión en lo personal y como elemento de distinción.

Lo cotidiano en la Castilla rural se manifiesta en forma de costumbre y se hace visible por medio de la cultura material: consumos de mobiliario, vestido, calzado, enseres o aperos, cuyas vías de acceso eran de ordinario la almoneda y el comercio de viejo en las clases populares.

La falta de higiene, junto con las enfermedades acortan la esperanza de vida, la única forma de alargarla es comer mucho. El castellano es austero, pero vive lo rutinario y lo excepcional en planos de igualdad. La vida está sacralizada y solo la Iglesia ofrece respuestas a esa sociedad de la ignorancia; pero las gentes también se divierten. Trabajo, fiesta y religiosidad se unen para vivir la sociabilidad de puertas afuera. La climatología y el ritmo de los trabajos en el campo, marcan los tiempos; mientras que con la llegada del frío se inicia la sociabilidad de puertas adentro.

Disponer de tierras, ganado, casa, era cuestión primordial para crear una familia, pero solo estaba al alcance de unos pocos privilegiados en el siglo XVIII. Familia y casa forman un binomio estable e inseparable al que hay que acudir a la hora de formalizar las nuevas relaciones, que a lo largo del siglo dan paso a una sociabilidad en evolución puertas adentro. Es a través de estas transformaciones que ya no tienen vuelta atrás, donde se conforma el nuevo marco de desarrollo de una relación diferente en lo familiar; se ponen en valor afectos, sentimientos y emociones.

Tradicción y modernidad perviven a lo largo de la centuria, aunque la Castilla rural es poco permeable a los cambios. Se va haciendo habitual el uso de elementos de civilización cuya posesión está ahora asociada al puro disfrute de los sentidos, dando como resultado una nueva composición de los esquemas mentales, vinculados a la sociabilidad puertas adentro y puertas afuera.

8. Bibliografía

8.1. Bibliografía de época

- CADALSO, José, *Cartas Marruecas, Noches lúgubres*, Madrid, Cátedra, 2000.
- ENCINA, Juan del, *Cancionero de Juan del Encina*, primera edición, 1496, Madrid. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1928.
- FEIJOÓ, Benito Jerónimo, *Cartas eruditas y curiosas*, Barcelona, Crítica, 2009.
- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro, *El sí de las niñas*, Madrid, Espasa Calpe, 2003.
- ISLA, Francisco de, *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, Madrid, Cátedra, 2016.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Espectáculos y diversiones públicas. Informe sobre la Ley Agraria*, Madrid, Cátedra, 1977.
- PONZ, Antonio, *Castilla y León en el siglo XVIII a través de los viajes de Antonio Ponz*, Valladolid, Ámbito, 1987.
- SEMPERE Y GUARINOS, Juan, *Historia del lujo*, Madrid, Atlas, 1973.
- TOWNSEND, Joseph, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, Madrid, Turner, 1988.

8.2. Bibliografía general

- AGÍS VILLAVERDE, Marcelino, BALIÑAS FERNÁNDEZ, Carlos (eds.), *Pensar la vida cotidiana: Actas III Encuentros Internacionales de Filosofía en el Camino de Santiago*, Santiago de Compostela, Universidad, 2001.
- ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS, Inmaculada (ed.), “Política y práctica del ocio en el siglo XVIII”, en *Vida cotidiana en la España de la Ilustración*, Granada, Universidad, 2012.
- AYMARD, Maurice (et al.), *Historia de la vida privada*. 6, La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI–XVIII, Madrid, Taurus, 1991.
- BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, “Espacios públicos y privados de sociabilidad e intimidad en la ciudad de León en el siglo XVIII”, *Revista de Historia Moderna*, 30 (2012), pp. 195-209.
- BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, (dirs.), *Apariencias contrastadas, contraste de apariencias: cultura material y consumos de Antiguo Régimen*, León, Universidad, 2012.
- BLANCO CARRASCO, José Pablo, *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura moderna, 1500-1860*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999.
- BEL BRAVO, M^a Antonia, *La familia en la historia. Propuestas para su estudio desde la “nueva” historia cultural*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2000.
- BIRRIEL SALCEDO, Margarita M. (ed.), *La(s) casa(s) en la Edad Moderna*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2017.
- BLASCO ESQUIVIAS, Beatriz, *La casa: evolución del espacio doméstico en España*, vol. 1, Madrid, El Viso, 2006.

BRAUDEL, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (tomo I), México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

BRAUDEL, Fernand, *Civilización material y capitalismo*, Barcelona, Labor, 1974.

BRAVO CARO, J. Jesús, SANZ SAMPELAYO, Juan (eds.), *Población y grupos sociales en el Antiguo Régimen. IX Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Málaga, Universidad, 2009, vol. 1, Edad Moderna, Madrid, El Viso, 2006.

BURKE, Peter, *Formas de Hacer Historia*, Madrid, Alianza, 2000.

BURKE, Peter, *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2005.

CAMPILLO ÁLVAREZ, José Enrique, RUCQUOI, Adeline, PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, LÓPEZ TERRADA, M^a Luz, *Comer a lo largo de la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2015.

CARO BAROJA, Julio, *El estío festivo (fiestas populares europeas)*, Madrid, Taurus, 1984.

CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco, HERNÁNDEZ FRANCO, Juan (eds.), *Espacios sociales, universos familiares. La familia en la historiografía española. XXV aniversario del Seminario Familia y élite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007.

FEBVRE, Lucien, *Combates por la Historia*, Esplugues de Llobregat, Ariel, 1977.

FRANCO RUBIO, Gloria A., PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, “Mirar la historia con otros ojos”, *Revista de Historia Moderna*, 30 (2012), pp. 11-15.

FRANCO RUBIO, Gloria A. (coord.), “Introducción: historiar la vida cotidiana en la España Moderna. Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la España Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VIII (2009), pp. 1-20.

FRANCO RUBIO, Gloria A., “La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social”, *Chronica Nova*, 35 (2009), pp. 63-103.

FRANCO RUBIO, Gloria A. (coord.), *Cosas de la vida. Vivencias y experiencias cotidianas en la vida moderna*, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos VII*, Madrid, Universidad Complutense, 2009.

FRANCO RUBIO, Gloria A., “El nacimiento de la domesticidad burguesa en el Antiguo Régimen. Notas para su estudio”, en *Revista de Historia Moderna*, 30 (2012), pp. 17-31.

FRANCO RUBIO, Gloria A., *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla, Mergablum, 1999.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “Vestidos pobres: consumos estancados. Valladolid en el siglo XVIII”, *Estudios Humanísticos. Historia*, 15 (2016), pp. 69-95.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “Entre cotidianidades: vestidas para trabajar, de visita, para rezar o de paseo festivo”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, VIII (2009), pp. 119-150.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, “Desde la calle hacia mesas y alcobas. Privacidades materiales domésticas de Antiguo Régimen entre los grupos populares, intermedios y burgueses”, *Tiempos Modernos*, 32 (2016/1), pp. 398-418.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo (dir.), *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*, Madrid, Sílex, 2013.

GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco, “La historia de la familia en el interior castellano. Estado de la cuestión y esbozo bibliográfico (ss. XVI-XIX)”, en GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coord.), *Historia de la familia en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX). Balance regional y perspectivas. Homenaje a Peter Laslett*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008.

GARCÍA SANZ, Benjamín, Los Campesinos en la sociedad rural tradicional: Marco Institucional, producción, presión fiscal y población (Tierra de Curiel y Tierra de Peñafiel, siglos XVI–XVIII), Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1989.

GONZÁLEZ HERAS, Natalia, “Miradas propias y ajenas en un baile de espejos. La vivienda doméstica española del siglo XVIII según los relatos de británicos”, *Tiempos Modernos*, 21 (2010/2), pp. 1-30.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Carmen, Calles y casas en el Campo de Montiel. Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, Diputación Provincial de Albacete, 2007.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Carmen, “Esta casa no es la que era. Trayectoria social de las casas y hogares en las tierras de La Mancha oriental a finales del antiguo régimen”, *Norba. Revista de Historia*, 24 (2011), pp. 63-77.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Carmen, “Trastillos de casa pobre. Homenaje de casa decente. Una visión diferenciada de las casas, ajuares y espacios domésticos desde el mundo rural manchego a finales del Antiguo Régimen”, *Tiempos Modernos*, 32 (2016/1), pp. 457-477.

HERNÁNDEZ LÓPEZ, Carmen, SIMÓN HERNÁNDEZ, Fátima, GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco (coords.), “La casa en la Castilla rural del siglo XVIII. Hacia la especialización del espacio doméstico”, *Tiempos Modernos*, 29 (2014/2).

HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy, Madrid, Akal, 2004.

IGLESIAS RODRÍGUEZ, Juan José, PÉREZ GARCÍA, Rafael M., FERNÁNDEZ CHAVES, Manuel F. (eds.), Comercio y cultura en la Edad Moderna. Actas de la XIII Reunión de la Fundación Española de Historia Moderna, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2015.

IMÍZCOZ BEUNZA, José M^a, OLIVERI KORTA, Oihane (eds.), Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo régimen, Madrid, Sílex, 2010.

LEFEBVRE, Henri, La vida cotidiana en el mundo moderno, Madrid, Alianza, 1972.

MARCOS MARTÍN, Alberto (coord.), Agua y sociedad en la época moderna, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009.

MARCOS MARTÍN, Alberto, Economía, sociedad, pobreza en Castilla: Palencia, 1500-1814, tomo 1, Palencia, Excelentísima Diputación Provincial, 1985.

MARTÍNEZ-BURGOS GARCÍA, Palma et al., La fiesta en el mundo hispánico, Castilla-La Mancha, Universidad Castilla La Mancha, 2003.

MARTÍNEZ CARRIÓN, J. Miguel, (ed.), El nivel de vida en la España rural, siglos XVIII-XX, San Vicente del Raspeig, Universidad de Alicante, 2002.

ORTEGA LÓPEZ, Margarita, Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII, Madrid, Síntesis, 1993.

PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, Mesas y cocinas en la España del siglo XVIII, Gijón, Trea, 2011.

PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, “La cocina y la mesa: deber y placer de las mujeres”, *La Aljaba. Segunda Época: Revista de Estudios de la Mujer*, vol. XIX (2015), pp. 17-36.

PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, FRANCO RUBIO, Gloria A. (coords.), “Miradas propias y ajenas en un baile de espejos, la alimentación española del siglo XVIII vista por los viajeros británicos”, *Tiempos Modernos*, 21 (2010/2), pp. 1-18.

PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, La vida y la época de Carlos III, Barcelona, Planeta, 1999.

- PÉREZ SAMPER, M^a de los Ángeles, “Actitudes ante la alimentación en la España Moderna: del placer a la mortificación”, *Baetica. Estudios de Arte, Geografía e Historia*, 23 (2001), pp. 543-582.
- POUNDS, Norman J. G., *La vida cotidiana: historia de la cultura material*, Barcelona, Crítica, 1992.
- RYBCZYNSKI, Witold, *La casa, Historia de una idea*, Hondarribia, Nerea, 2009.
- SOBALER SECO, Ángeles, “En las casas de Cigales: los interiores domésticos de la Castilla rural al mediar el siglo XVIII”, *Tiempos Modernos*, 32 (2016/1), pp. 432-456.
- TESTÓN NÚÑEZ, Isabel, *Amor, sexo y matrimonio en Extremadura*, Badajoz, Universitas Editorial, 1985.
- VERDÚ MACIÁ, Vicente et al., *Fiesta, juego y ocio en la historia: XIV Jornadas de Estudios Históricos*, organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003.
- VIGARELLO, Georges, *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Madrid, Alianza, 1991.
- PEÑA DÍAZ, Manuel (ed.), *La vida cotidiana en el mundo hispánico (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, Abada, 2012.
- PEÑA DÍAZ, Manuel, “Tolerar la costumbre: Ferias y romerías en el siglo XVIII”, *Hispania*, vol. 74, n^o 248 (2014), pp. 777-806.